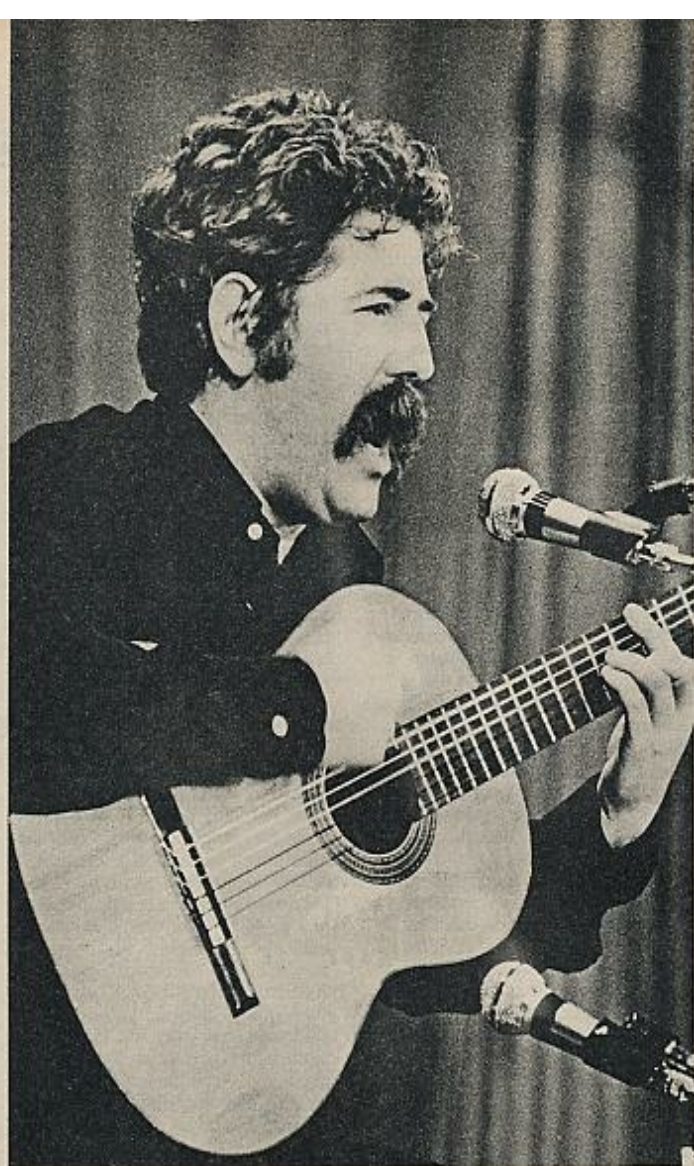


DOS acontecimientos, al parecer tan distantes como un maratón de «cançó» catalana y una Universidad de Verano, se complementan para demostrar que un país goza de buena salud. Y es una demostración importante si tenemos en cuenta que la salud de los países no se mide sólo por su estatura física media o su capacidad torácica, sino por su estatura moral, por su capacidad de conciencia colectiva. El verano aplaza el tiempo de hacer y crea como una tregua de ocio durante la que se aplaza la realidad. Los dos acontecimientos a los que me refiero no han tenido este carácter. Han brotado de la extraña vitalidad, aparte del verano, pero entroncan con la realidad anterior y con la difícil realidad que a todos nos espera en los próximos, problemáticos meses.

Por una parte, 15.000 personas. Por otra, 1.000. En un caso se trata de un «medio de comunicación de masas». En otro, de un medio de comunicación tradicionalmente elitista. La Universidad dio sus cursos en tierra hasta cierto punto extranjera y hasta cierto punto tan catalana como pueda serlo San Feliú de Guixòls o Amposta. El festival de canción se dio también en una tierra hasta cierto punto extranjera, copada por miles y miles de turistas, con su extranjería y su incomunicación auestas. Pero sólo hasta cierto punto. Porque el milagro de la participación popular aportó el extraño fenómeno de que la tierra, el aire, la noche, recuperaran los cuatro puntos cardinales de un tiempo y país.

La «cançó» goza de buena salud

Sin grandes fanfarrias, la «cançó» catalana va dando pasos importantes, casi siempre ligados a nuevos «long-play» de sus principales cultivadores. Ahí están las últimas aportaciones de Montllor, Pi de la Serra, Raimon, María del Mar Bonet para demostrar que la «cançó», por una extraña ley de contagio dramático también, se sucede a sí misma. Y ahí está



Pi de la Serra.



CATALUÑA GOZA

la madurez expresiva de Lluís Llach, un hombre que ha alcanzado una plenitud que yo jamás sospeché cuando me puse a escuchar con dedicación «nova cançó» en 1967. Llach es un cantautor que, al igual que los anteriormente citados, ha conseguido su propia semántica. Podría hablarse de la «ternura histórica» como su característica definitoria, dentro de la familia de los cantantes políticos que completan Montllor, Pi de la Serra y Raimon.

La plenitud de Llach o la Bonet, una intérprete cada vez más excepcional, sería un signo insuficiente de la vitalidad de la «cançó» si no hubiera pruebas palpables de su vigencia como medio de comunicación de masas. El crecimiento cuantitativo de los receptores, su adaptabilidad cualitativa a los diferentes estilos, códigos expresivos, mensajes, demuestra que la «cançó»

es un hecho tan irreversible como todas las reivindicaciones que implica. Hace pocos días hubo un acontecimiento que ratificó toda la especulación anterior: un maratón canoro de seis horas de duración celebrado en Canet de Mar, una de las poblaciones litorales de la Maresme más germanizada en verano y que, sin embargo, durante esas seis horas de continuada actuación de cantantes catalanes, concentró a 15.000 espectadores.

En el principio fueron mil quinientos

El primer festival equivalente se organizó en 1971, con la participación de Teresa Rebull, Ovidi Montllor, Joan Bautiste Humet, Falsterbo 3, Enric Barbat y María del Mar Bonet. Se trataba entonces de una especie de fin de fiesta al concurso promocional de

«novas veus» (nuevas voces) de la «nova cançó». Asistieron unos 1.500 espectadores, y la cosa ya fue considerada un éxito. En 1972 la concentración se trasladó al Campo Municipal de Deportes para albergar a los 2.500 asistentes que quisieron escuchar a Hamster, Dolores Laffite, Enric Barbat, Isidor, Pere Tapies, María del Mar Bonet, Miquel Cors, Ovidi Montllor y Toti Soler. En 1973 los espectadores fueron 5.000; los actuantes: Arrels, Pau Riba, Toti Soler, Ovidi Montllor, Pi de la Serra, Pere Tapies y La Trinca.

Si se analiza el censo completo de actuantes se comprueba que vamos de los conjuntos más populares y populacheros (en el sentido excelso de la expresión) como La Trinca, al intimismo lírico de la Bonet o la canción tan peculiar de Teresa Rebull, la llamada «abuela de la «cançó»», intérprete de una de las canciones más



Raimon.



Ovidi Montllor.

DE BUENA SALUD

emocionantes y sencillas que haya podido inspirar la guerra civil: **Les sabates d'en Jaume**. No creo que el lector pierda el tiempo enterándose de que la canción cuenta un retorno al escenario de la batalla del Ebro y el hallazgo de los zapatos de un combatiente que murió en la sierra de Pandols. La diversidad de los participantes avala la voluntad receptora del público, de un público cuantitativamente tan importante ya en 1973.

¿Qué decir ahora ante la cifra de 15.000?

Llegados de todas partes de Cataluña, en su mayoría jóvenes, en ocasiones con mochilas y mantas para pernoctar en los alrededores de Canet, la marea humana fue invadiendo las calles de la villa. Era una auténtica manifestación pacífica que estuvo a punto de no serlo porque un muchacho fue detenido por algo que dijo

o hizo, aunque inmediatamente fue puesto en libertad, cuando ya crecía el malestar entre los asistentes. Empezó el maratón con el músico Toti Soler, proveniente del intento de música progresiva que se gestó en Cataluña y Andalucía en el tránsito de los años sesenta a los setenta. Le siguieron Joan Isaac, Dolores Lafitte, Pere Tapies, Ovidi Montllor, acompañado por el propio Toti Soler, y finalmente cantaron —podría decirse que a dúo— durante dos horas Lluís Llach y Pi de la Serra. Unas veces era Pi de la Serra, secundado por la segunda voz de Llach, otras Llach acompañado a la guitarra por de la Serra. Había que ver la facilidad de conexión que se estableció entre actuantes y público durante las seis horas de mutua e incondicional dedicación. El público apuraba las canciones con ese hambre especial que convierte una chuleta

en porción de esqueleto. Las primeras, las segundas y hasta las terceras intenciones viajaban entre actuantes y público a esa invisible velocidad de la inmediatez.

A las cuatro y media de la madrugada terminó una concentración que a un nivel puede ser tan significativa como la de la *Universitat d'Estiu* (Universidad de Verano) que se ha desarrollado en la villa rosellonesa de Pradas. Si a Canet fueron 15.000 jóvenes catalanes en busca de su propia voz, a la Universidad rosellonesa acudieron 1.000 estudiantes de Cataluña y el extranjero en busca de sus propias señas de identidad cultural.

En el principio fueron ochenta

Y en el principio de la *Universitat Catalana d'Estiu* fueron 80 estudiantes. Desde 1969 a 1974 la crecida del número de estu-

diantes ha ido pareja con la variedad de los temas tratados y el concurso de un profesorado entusiasmado por esta experiencia de ejercicio de la libertad de comunicación universitaria. Una comunicación viva, en la que las disciplinas tradicionales como Lengua y Literatura, Arte, Ciencias Sociales, Ciencias Políticas, cobraban especial interés por el enfoque didáctico y la audacia temática. Desde la participación de Joan Garcés, el valenciano secretario de Allende, a la del galleguista Jesús Alonso Montero hay una variada gama de inquietudes culturales vivas que nos ponen en antecedentes de «otra Universidad» posible y necesaria.

El objetivo fundamental de esta peculiar Universidad de Verano es conservar y potenciar los niveles alcanzados por el desarrollo cultural catalán a lo largo de su larga, difícil e irreversible vía. Y hay una indudable complementariedad entre el papel que pueden desempeñar las clases de lengua catalana de Pradas y la actitud de participación de los 15.000 espectadores de Canet de Mar; como se complementa el cuplé catalán interpretado por Guillermina Motta con el rótulo que lucen infinidad de vehículos catalanes: **Catalá a l'escola**.

Uno y otro acontecimiento son milagros de participación en tiempos de supuesta asepsia o desconfianza ante las posibilidades de comunicar. Las estadísticas que aportaba el cronista del «Diario de Barcelona» sobre la *Universitat d'Estiu* hablan por sí solas si alguien quiere escucharlas: «Un 70 por 100 de los participantes no alcanza los treinta años, y un 71 por 100 desean volver el año que viene; el 75 por 100 viene por primera vez. Novedad interesante de este año es que un 92 por 100 ha estado en la *Universitat* todos los días. En esta edición ha habido una gran participación de estudiantes valencianos. Una prueba más del interés que ya en muchas partes despierta la *Universitat Catalana d'Estiu* es la procedencia de algunos de sus participantes: Estados Unidos, Inglaterra, Suiza, e incluso un estudiante de Haití y una estudiante polaca». ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.